

# Rojo perla

Alberto Mediavilla Quincoces fue de niño algo estrafalario, y muy precoz en algunas cosas; por ejemplo: su obsesión por llamar la atención, y tan metido y hasta entrometido en sí mismo como ruidosa y agitadamente extrovertido.

Tremendamente curioso y observador e imaginativo, ávido lector de cuanto no entendía e inventor de cuanto no sabía, pero a quien jamás tentó escribir. Él decía, siendo ya mozo, que únicamente escribiría si se le garantizaba que, llegado el momento de su muerte, y por viejo que fuese entonces, seguiría en completo acuerdo con cuanto había escrito a lo largo de su vida entera:

—Es justo en ese momento —aseveraba— cuando más ridículo resulta el arrepentimiento, pues no te queda tiempo para corregir o borrar lo que tanto te horroriza haber hecho.

—Ésa es la primera razón de que no escriba —remataba—; la segunda es que escribo muy mal. Bueno, y una tercera: que si no llegas al nivel de Dante, mejor es que te dediques a otra cosa.

Y, ciertamente, nunca escribió nada, a pesar del peligro que la agrafía vitalicia encierra.

Él mismo lo explicaba así:

—Acumulando en tu mente tantísima vivencia y tantísima cultura, sin poder descargarla en papel, lo único que consigues es que el día menos pensado te reviente el cerebro, y entonces sí que quedas muerto, por vivo que sigas en apariencia.

Alberto había nacido en la Plaza del Ayuntamiento de Santander, en un edificio propiedad de su familia, cuyo piso bajo entero estaba ocupado por una tradicional lencería, regentada ahora por su segunda generación.

La planta principal entera, vasta y alta, era la única habitada, y la utilizó el patriarca, su abuelo, como *casa familiar*: allí vivieron todos juntos hasta su muerte, tras largos años de

rememorante viudez.

—¡Pero qué derroche! —decía la gente, viendo siempre cerradas las ventanas del noble edificio—, ¡eso es lo que se llama genio y figura!, ¡bravo, don Alberto!

Cuando el notario dio, por fin, a cada huérfano su llave, la hermana y el hermano menor vendieron inmediatamente sus plantas y se fueron a vivir a otros sitios, de modo que el único de la familia que acabó quedando en el caserón del abuelo fue el primogénito, padre y tocayo de Albertito.

El cual no se hallaba con tanta gente extraña como comenzó de pronto a subir y bajar unas escaleras que hasta entonces habían sido hipódromo exclusivo de su establo, y durante mucho tiempo rehusó trabar conversación con los nuevos inquilinos, que le paraban en los descansillos para hacerle preguntas fisgonas sobre su familia; él se los quitaba de encima en cuanto podía, impaciente por volver al folletón de Ponson du Terrail que le esperaba.

Sin embargo, poco a poco fue deponiendo su hosquedad, y los vecinos nuevos le declararon enseguida simpático y divertido, aunque, añadían, algo sabihondo.

Los padres de Albertito eran jóvenes, y tanto se amaban como poco se avenían: siempre aliñando chapuceramente sus hispidas rencillas con pegajosos cariños, y persistiendo al tiempo en echarse mutuamente la culpa de cuanto les salía mal, que era cada vez más, pues a la obsesión ahorrativa de Lola, como la llamaban todos a ella, respondía Alberto padre con una tendencia al despilfarro y la bohemia que no auguraba nada bueno.

Hombre de reacciones viscerales, pero nunca estridentes, y de frases hechas y convicciones prefabricadas, y con un escogido elenco de consignas que cubrían automáticamente cualesquiera aprietos sociales o necesidades mentales se le pusiesen delante.

Cuanto más comunes fuesen los lugares, tanto más le gustaban. Y nunca, que se

supiera, había conseguido enhebrar del todo una sola idea.

Tenía, empero, divertidas ocurrencias, como inesperadas salpicaduras de azúcar en plena sal gorda, y una habilidad prodigiosa para prolongar hasta la infinitud las conversaciones más superficiales y cambiar de tema sin que nadie lo notase en cuanto la conversación iba por derroteros para los que no tenía consigna o lugar común listo.

La madre, una típica niña bien, muy sosebra y bisonamente educada, y carente por completo de toda cultura, social o doméstica, que no fuese iglesiera. Y todo ello repintado de un pálido rosa azulenco de impenetrable finura, y ensudariado en piedad tan honda y ferviente y sincera como puro trampantojo era la de su marido.

Encorsetada en esta capa de homogénea y recia rectitud, Lola era la frágil espina dorsal de la familia, e incapaz de enfrentarse con la menor desviación o disidencia, por nimias que fuesen, sin la ayuda urgente de un cura. Trance éste, menos mal, en el que en toda su protegidísima vida nunca llegó a verse, pues apenas salía de su casa si no era para entrar en otra exactamente igual.

En una ocasión en que Albertito les preguntó a sus padres si no sería posible animar el padrenuestro o la salve con algún inciso ingenioso, porque, así, siempre iguales, empezaban a parecerle algo sosos, los dos le contestaron al tiempo, muy escandalizados, quitándose la palabra mutuamente:

—¡No, Albertito, por Dios, en absoluto, ni se te ocurra, el padrenuestro y la salve son oraciones sagradas, como también lo son nuestras ideas, y no es posible mellarlas o cambiarlas en absoluto, lo que se dice ni una sola coma!

Esta actitud era propia de toda la familia y del círculo de sus amistades, y Albertito mismo acabó compartiéndola, como ellos, sin razonarla.

Durante algún tiempo, con su parte de la fortuna del abuelo, el matrimonio vivió bien, pero las cosas no tardaron mucho en empeorar al ritmo de los gastos desmesurados del padre, a quien todo se le iba en venéreas venaciones y

oceánicas juergas, entre purgaciones curadas a insabiendas de Lola y pequeños líos con mujeres avispadas, que le sometían a afrentosos chantajes. Y largas confesiones, cada vez con un cura distinto, pero rematadas siempre por pesadas y onerosas penitencias, como purgar la culpa sufragando médico o abonos a tiendas de comestibles a gente enferma o hambrienta.

Tan caro resultaba tanto desbarajuste que al joven matrimonio acabó no quedándole otro remedio que vender el piso familiar y mudarse, primero, a otro más pequeño, y después a otro que todavía lo era más. En el primero, aun hubo espacio suficiente para lo mejor de cuantos muebles y cuadros y bibelotes les habían tocado del ajuar ancestral, apretujándolos un poco; pero en el segundo tuvieron que aligerar mucho el lastre, organizando una especie de saldo privado, tan discreto que enseguida se enteró todo el mundo, y suscitó mucho chismorreo.

Este tercero y último refugio estaba, además, situado al final de la Alameda Segunda, más allá del Cinema del Soldado, y era un quinto piso sin ascensor, de modo que allí sí que se acabaron para siempre cualesquiera ínfulas de distinción social y elegancia heredada.

Albertito no se daba cuenta de nada de esto, enfrascado como estaba en sus folletones franceses, su propia herencia del abuelo; sus padres se los dejaron, a pesar de ciertos escrúpulos morales, porque así, por lo menos, aprendería bien el francés literario. Y sumido también en sus estudios, pues, comenzando ya el bachillerato, se mostraba tan aplicado que incluso en lo que no se le daba bien, como las matemáticas, para las que era negado, sacaba buenas notas. Los profesores le veían aprenderse de memoria lo que no entendía, y recitarlo como una cotorra, y se mostraban generosos con él.

A veces le turbaba ver a sus padres mirarse con un atisbo de desesperación, como diciéndose:

“Esto se acabó!”.

Entre sus amigas nuevas, vecinas del plebeyo barrio donde habían tenido que recalar terminalmente, Lola adoptaba una elegante pose de desacostumbrada estrechez: ese patricio venir a

menos que tan buenos resultados da cuando se blande con astucia. Ella dejaba caer vagas alusiones a grandezas melladas por la codicia de parientes desaprensivos.

De esta forma, el ambiente patricio del joven matrimonio quedó reducido al mínimo permisible, mellado sobre todo por el inevitable tufillo de ordinariez que se les filtraba por la puerta del piso.

Albertito animaba mucho esta calma chicha de cutrez mal tenida a raya desbocándose por el recibidor y el pasillo, gritando consignas bélicas y agitando mucho los brazos sin miedo a que se le cayese encima un cuadro de tamaño natural o una estatuilla de bronce macizo.

Pasaban tercamente los años, y Alberto padre, cada vez más corroída su tardía juventud por el alcohol y las faldas venales y el tabaco, comenzó a decaer con extraña pasividad: decadencia casi palpable, como una película lenta, y el médico no sabía a qué atribuirlo:

—Es una naturaleza muy gastada —decía—, no tiene casi capacidad de resistencia.

En su entumecido cerebro quizás siguiese rememorando, por desvaída, nebulosamente que fuera, sus triunfos de señorito huero e inútil:

Concursos hípicas, saraos, peticiones de mano, y su celebrado éxito en dar con el chascarrillo apropiado, la ingeniosidad oportuna, que luego saltaba de boca en boca y adquiriría nuevos inventores.

A tal grado de apatía física y mental llegó el enfermo que acabó por parecer indiferente a morirse o seguir vivo, y fue entonces cuando Lola decidió tomar el asunto por su cuenta, con el único objeto de asegurar que los restos de la fortuna familiar quedarían íntegros en poder de Albertito.

Su confesor veterano, ansiosamente consultado, acabó de disipar sus escrúpulos, eximiéndola de toda culpa si el único beneficiado de la agresión era Albertito. Esto fue decisivo, y Lola se lanzó:

Aprovechando una de las recaídas de su marido, que parecía especialmente grave,

sumiéndole en casi total sopor, Lola tuvo la fría astucia de llamar con urgencia al notario, muy veterano amigo de la familia, y los dos, en la iglesia, junto con el confesor, y con el Santísimo delante, se pusieron de detallado acuerdo:

Induciendo inmediatamente al moribundo, pues tal era o parecía ya a todos Alberto padre, a firmar un testamento por el que dejaba todo cuanto le quedaba de su fortuna, incluso sus antigüedades y recuerdos residuales, o sea: lo que se dice todo, exclusivamente a su hijo único, que lo heredaría a la mayoría de edad.

Lola podía cobrar y gastarse las rentas que ese dinero produjese, pero nada más.

El enfermo firmó el testamento sin salir de su asfixiante nube de apática angustia, de cuyo interior sólo les llegaban, a veces, a los suyos atropelladas ronqueras y hondas toses y entrecortados padrenuestros.

Una copia de este testamento quedó en poder de Lola, y la otra en el del notario.

Albertito: testigo callado de la decadencia terminal de su padre y del ánimo enloquecidamente devoto de su madre, pero ignorante de todo lo demás, se decía para sus adentros:

“Esta casa más parece como un teatro chusco, puro género ínfimo, donde los cuadros y los bibelotes son el público y mis padres y yo los actores”.

Durante el resto de su vida Alberto llamó de pintorescas maneras a las tres sucesivas moradas de su infancia y adolescencia santanderinas:

A la primera, su Cueva de Alí Babá; su Patio de Monipodio, a la segunda; y a la tercera, su Madriguera de Ratones de Iglesia.

No tardó en morir su padre, o, mejor dicho, en dejar de no vivir. Y murió sin cambiar en nada su impavidez de muerto vivo. Fue como una especie de deshumanación, un paso de hombre a cadáver sin un mínimo estertor:

De pronto se quedó completamente inmóvil, sin siquiera respirar, pero con los ojos

igual de abiertos y la misma expresión de pasmado.

Los ojos acabaron vidriándosele del todo, ciegameamente fijos en el techo de la alcoba, como si de él fueran a lloverle sus buenos tiempos; y la expresión tensándosele, como para enfrentarse correctamente con el Sumo Hacedor.

Y así quedó Alberto padre, como diciéndo-les mudamente a los que gemían en torno a su cama:

“Hale, venga, ya estoy para el arrastre”.

Y así se diluyó para siempre en pura nada el sueño negro que tanto tiempo llevaba asfixián-dole por fuera y oprimiéndole por dentro.

Albertito se limitó a ver morir a su padre sin decirse o decir o decirle nada. Únicamente expresó su indiferencia con una agria frasecita que acababa de ocurrírsele:

—La verdad es que el pobre ha muerto como una momia egipcia.

Lola no le reprendió, pero lo cierto es que tampoco ella sintió mucho la muerte de un muerto, de un ser extraño, sin capacidad de retrotraerla a mejores tiempos. No le dejaba recuerdos sobre los que asentar un sincero duelo.

Si, en vida de su marido, Lola apenas hablaba con él, y sólo le mencionaba para suspirar honda y tristemente, como quien contempla un vestido elegante y vistoso, pero irremediamente raído, después de su muerte le borró por completo de sus pensamientos.

A veces, ante gente desconocida, alzaba al cielo los ojos, bien secos, exhalando un inconvincente suspiro, torciendo los labios en dengue de improvisada tristeza.

A Alberto la ausencia de su padre comenzó enseguida a reforzarle su incipiente angustia de inerme, incomprendida superioridad, una superioridad que las insípidas ternuras de su madre eran incapaces de captar. Le maravillaba que hubiese gente capaz de elogiar su memoria, y decía de él que habría hecho mucho mejor muriéndose inmediatamente después de engendrarle:

—Ése era su único deber, en todo lo demás mi padre me parece la persona más innecesaria

del mundo.

Así, Albertito cogió fama de cínico. Y no sin razón, aunque en su caso se tratase más bien de una preparación instintiva para la soledad que él mismo iba a provocarse; desde muy pequeño se fomentó incesantemente un blindaje de soledad total, del que únicamente se excluía a sí mismo:

“Yo soy”, diciéndose, “mi única compañía”.

La mente de Albertito funcionó desde el principio como la del mamífero desarrollado en estado silvestre: una rata, por ejemplo, o bien un aborigen australiano o un troglodita de Altamira; actitud vital que, *mutatis* cuanto *mutandis* fuera preciso, siguió siendo así durante su vida entera:

Siempre al acecho de añagazas o ataques, instintiva, difusamente previstos por su fantasía, que se los suscitaba en torno desde niño: en su casa, o en casas de amigos, o en el parque, o en la Acción Católica; y de adolescente, en el colegio o en la iglesia; y de joven y maduro, en la oficina o en el juego de azar que siempre fue para él la vida cotidiana.

La mente de Albertito, nunca, ni siquiera en plena madurez, estableció diferencia esencial entre un gángster o un descuidero, un asesino o un matarratas, un chupatintas o un banquero, un cura o una gitana, un estafador o un hermanito de la caridad. A todos estos, y a muchos más, en cuanto se le ponían delante y abrían la boca para persuadirle de algo, les crecían colmillos y garras contra él.

Albertito trató siempre de defenderse solo, por grandes o difíciles que fueran los trances en que caía, y cualquier petición de ayuda, ya fuese profesional o bisoña, le parecía una confesión de impotencia.

La impotencia: el peor pecado de su decálogo vital.

Hasta la interina le estorbaba: una pobre vieja que se pasaba el día entero en la casa sin otra obsesión o tema de conversación que ahorrar

dinero suficiente para irse a Lourdes, donde pasaría sus últimos años “a la vera de la Virgen”, como ella decía, “y morir envuelta en su manto de estrellas”.

Su madre incluso le estorbaba un poco, aunque esto él se lo prohibía a sí mismo, tratando en vano de olvidarlo.

A las demás mujeres las miró con tentador, absorbente despego durante todo el tiempo que su naturaleza se lo permitió, y que enseñada empezó a no ser mucho:

A partir de los quince años o así, las más jóvenes comenzaron a infundir en Albertito un extraño calor que él inmediatamente se esforzaba por convertir en frío, pero frecuentemente sin conseguirlo, y cada vez menos, a fuerza de persignaciones y plegarias.

Y estas derrotas le acongojaban con creciente apuro, hasta que el tiempo mismo intervino, suscitándole remedio más eficaz.

En este ambiente apenas respirable, Albertito fue creciendo rápida y contundentemente en edad y perspicacia, más que en inteligencia propiamente dicha, pues la que se le había despertado de muy niño, tempranamente aguda y prometedora, parecía habersele paralizado a mitad de camino en una atalaya de buen otear, poco profundizar y menos analizar.

Albertito, dotado de poca capacidad de autocrítica, y nulo casi para el pensamiento abstracto, se las arreglaba muy bien con tan mezquina generosidad de la naturaleza, suntuoso fuego fatuo con el que él sabía deslumbrar a los poco exigentes.

Lola ahora respiraba y actuaba y pensaba por sí misma, y se entrenaba en el difícil arte de conocer a fondo a su hijo Albertito, que se le antojaba complejo y genial, y cuya sola contigüidad diluía sus obsesivas tristezas en promesas de brillante futuro, y siempre eufórico e ingenioso.

Sus esfuerzos por equiparar a Albertito a su marido de joven fracasaron enseguida:

Albertito, se decía ella, con cierta

decepción, era demasiado original para parecerse a nadie.

El fantasma de la pobreza ya no obsesionaba a Lola, pues había sabido conjurarlo a tiempo con certera implacabilidad, muy poco esperable en una mujer tan superficial y tímida como ella era, habituada a aterciopelar los obstáculos más hispídos a fuerza de vaguedades y paños calientes.

Ahora vivía en holgada modestia, gracias al poco dinero propio que ella tenía y a la rentilla que producía la menguada y mal invertida, pero intocable fortuna de su marido.

Mucho solazaba a Lola el incurable optimismo de Albertito. Nada, por negro que fuese, podía con él. En todo mal vislumbraba atisbos de bien, y en esto sí que era como su marido de los primeros años; hasta tal punto que acabó reconciliándose póstumamente con éste, e incluso concibió en su ánimo vagas esperanzas de reanudar ambos su vida conyugal en el otro mundo.